



¿Me estás escuchando? El oyente en la enseñanza comunicativa de lenguas extranjeras¹

Rosa Ribas –Universidad de Heilbronn (Alemania)

1. Introducción

Actualmente ya casi nadie pone en duda que las lenguas se aprenden para usarlas en la comunicación. En este punto parece existir un amplio consenso entre los docentes de lenguas extranjeras. El problema empieza cuando se constata lo que a veces se ofrece bajo el título “comunicativo”. Y lamentablemente, bastantes parecen creer que comunicar en la clase consiste simplemente en pedirle a los estudiantes que cuenten qué han hecho durante el fin de semana o en las vacaciones, o en preguntarles después de la lectura de un texto, qué opinan o piensan sobre éste o respecto a algún tema que aparece tratado en él. Estas cuestiones se plantean además frontalmente y en muchos casos la atención del docente está más concentrada en la corrección gramatical del estudiante que en el contenido de lo que éste pueda estar diciendo, por lo que, después de un pequeño monólogo, durante el cual el docente ha corregido quizás un par de participios mal formados o la terminación de algún adjetivo, el estudiante recibe como respuesta un “Ya. Sí, muy bien”. A lo que sigue un “¿Y qué piensas tú, fulanito/a?”. Con lo cual el primer estudiante deja de ser el centro de atención de todo el grupo de la clase, puede respirar aliviado porque ya cumplió con su tarea “comunicativa” y se dispone a escuchar la parrafada del próximo para ver si pesca algún error. El contenido, como bien ha mostrado el docente, es del todo irrelevante. Lo importante es producir frases.

Quizás se trate en este ejemplo de un caso extremo, y para algunos puede sonar casi caricaturesco, pero corresponde a la realidad de muchos docentes que se han subido al carro de “lo comunicativo” sin pasar por una reflexión sobre qué significa comunicar, no sólo en el aula, sino también en la vida cotidiana, en la propia lengua materna. En una situación comunicativa real a muy pocos se les ocurriría preguntar a alguien sobre un tema cualquiera para después dejarle de un modo tan descortés solo con sus palabras.

Enseñar a comunicar es mucho más que enseñar a hablar. Es, como mínimo, enseñar a hablar y a escuchar. Y a hacerlo de una forma activa. O mejor dicho, interactiva, porque comunicar es una acción en la que por lo menos intervienen dos sujetos y en el transcurso de la cual los roles se intercambian repetidas veces.

Pero todavía son frecuentes los ejemplos que nos muestran que bajo comunicación se suele entender la simple enunciación de frases, durante la cual el oyente o bien no existe, o desempeña un papel de comparsa. Está ahí porque es más fácil hablar dirigiéndose a alguien que hacerlo hacia la pared. Esta concepción errónea del acto comunicativo

¹ Una primera versión de este artículo apareció en la revista en número 81 (1998) de la revista *Hispanorama*

supone una subestimación de la función del oyente en la comunicación. Si en los últimos años el objetivo de la clase de lengua extranjera se ha desplazado de la adquisición de una competencia lingüística por parte de los alumnos a la de una competencia comunicativa, ésta implica forzosamente la adquisición de la capacidad de comprensión de enunciados en la lengua extranjera y la facultad de actuar en consecuencia.

Para ello es necesario realizar un trabajo de sensibilización destinado a mostrar de forma práctica que en el aprendizaje de una lengua tan importante como el poder expresarse en ella es poder entenderla.

La importancia del rol activo del oyente se debe poner de relieve ya en las primeras sesiones de clase con un grupo. Y esto tanto si se trata de estudiantes que aprenden una lengua extranjera por primera vez como si ya han aprendido otra/s. Quizás en este último caso sea más necesario, ya que probablemente habrá que cambiar hábitos de aprendizaje o actitudes en la clase.

2. Actividades

Una serie de actividades que permiten sensibilizar a los estudiantes sobre la importancia del oyente son las que se centran en la práctica de actos de lengua directivos. Los actos directivos están centrados en el oyente y su objetivo fundamental es conseguir que éste haga algo. Los actos directivos se subdividen en dos grandes clases, "impositivos" y "no impositivos". Los primeros se caracterizan porque sirven para influir en el comportamiento intencional del oyente de tal modo que éste realiza algo que en primer lugar beneficia al hablante. Se trata especialmente de órdenes y peticiones. Los actos directivos no impositivos se caracterizan por el hecho de que el resultado de la acción que el oyente debe llevar a cabo se supone que beneficia en primer término al propio oyente. A esta categoría pertenecen los actos del tipo de los avisos, recomendaciones e invitaciones.

Actos directivos

Veamos, a modo de ejemplo, cómo la práctica de un tipo básico de actos directivos, las órdenes, permite también poner de relieve la figura del oyente.

En muchas ocasiones las órdenes se practican en clase sólo sobre el papel para usar las formas del imperativo o del presente de subjuntivo. Sin embargo, dar órdenes, recibirlas y cumplirlas o no cumplirlas es el resultado de un complejo juego de fuerzas en el que es determinante la relación que exista entre hablante y oyente. De ello dependerá tanto la forma que adopten las órdenes, como su éxito.

Para mostrar los diferentes resultados de una misma intención en función de la relación existente entre los interlocutores se puede preparar una serie de mini-diálogos en los que uno de los interlocutores da una orden y el otro la cumple o no según la situación. Los estudiantes trabajan en parejas y escenifican las diferentes variantes.

Por ejemplo, la misma orden "Cierra la puerta", se puede dar en distintos marcos situacionales, en relaciones profesor/alumno, padre/hijo, amigo/amigo, hijo/padre, etc. Los estudiantes deben atender a la entonación adecuada y deben reflexionar sobre el efecto conseguido o los motivos por los cuales el otro interlocutor no ha seguido la orden.

Otra actividad destinada a poner de relieve la figura del oyente también tiene como motivo las órdenes. Así, se da a cada estudiante dos tarjetas; en una se especifica una necesidad que deben solventar dando una orden a algún compañero. Por ejemplo, un estudiante puede recibir una tarjeta con alguno de estos mensajes:

- "Tienes mucha sed"
- "Tienes calor".

En la otra tarjeta tienen una orden que están obligados a cumplir, por ejemplo,

- "Levántate y siéntate al lado del compañero que te ha dado la orden"
- "Coge el diccionario del compañero que te ha dado la orden y llévatelo"
- "Recítanos un poema en español"
- "Dibuja algo en la pizarra".

Se trata siempre de acciones algo absurdas que no tienen nada que ver con ninguna de las peticiones que los estudiantes van a realizar.

En la primera parte de la actividad, los estudiantes formulan las órdenes o peticiones y las dirigen a alguno de los compañeros, pero estos realizan la actividad que está escrita en su tarjeta. El objetivo de este juego es conseguir una especie de "shock" y una cierta frustración derivada del hecho de que el oyente no ha reaccionado como era de esperar, sino de una forma totalmente absurda.

Una vez terminada esta fase, repetimos las órdenes, pero en este caso la persona a la que se ha dirigido la orden deberá hacer todo lo posible para cumplir con la orden que ha recibido. Cómo lo consiga dependerá de la imaginación de los estudiantes. Así, ante la orden "tráeme un vaso de agua", las reacciones van desde los que van a buscar realmente un vaso de agua hasta los que lo dibujan en un papel pasando por los que hacen mímica para representarlo.

Actividades de sensibilización

A un nivel más básico, la percepción de la figura del oyente se puede enfatizar por medio de ejercicios en los que los hablantes deben decidir la forma de tratamiento con la que se dirigen al oyente, por ejemplo al practicar las fórmulas de saludo o de despedida, al dirigirse a alguien por la calle, a presentar una persona y otra. Este tipo de actividades estándar en los cursos de lengua pueden servir perfectamente para profundizar en el tema si van acompañadas de un cierto grado de reflexión y no se limitan a la repetición mecánica de frases y esquemas.

Con el fin de hacer a los estudiantes partícipes de esta reflexión, en los cursos de español de nivel medio de la Universidad de Frankfurt se lleva a cabo una actividad que, aunque extremadamente simple, resulta muy efectiva para este objetivo. Para ello, se necesita que dos estudiantes sirvan como "conejiillos de Indias". A uno de ellos le llamamos 'emisor' y al otro 'receptor'. Estos estudiantes se sientan el uno de espaldas al otro en una mesa. El estudiante que actúa como emisor recibe unos bloques de madera de diferentes formas y colores y se le pide que construya cualquier cosa con ellos. Una vez ha

terminado, debe explicar al estudiante receptor (que también tiene los mismos bloques de madera) qué tiene que hacer para construir la misma figura, pero este receptor se tiene que limitar a recibir los mensajes, es decir, no puede decir nada, ni hacer ningún tipo de pregunta, ni mostrar de algún modo si ha entendido el mensaje. Se limita a actuar como un receptor cuya única misión es descodificar lo que dice el emisor y actuar según lo que ha entendido. He realizado la experiencia con varios grupos de estudiantes y el resultado ha sido siempre el mismo: la figura resultante, si es que resulta alguna, no tiene nada que ver con la original.

A continuación, otros dos estudiantes repiten la experiencia, pero ahora ya no se llaman emisor y receptor, sino 'interlocutor a' e 'interlocutor b'. Como en el caso anterior, uno de los dos construye una figura con los bloques de madera, la diferencia estriba en el hecho de que el interlocutor que debe reconstruir la figura a partir de las instrucciones puede preguntar, pedir confirmación, repeticiones, todo tipo de instrucciones adicionales. En todas las ocasiones el resultado de la segunda pareja de estudiantes ha sido la reconstrucción exacta de la figura original.

A partir de este pequeño experimento es posible iniciar una reflexión sobre el rol activo del oyente y sobre la intercambiabilidad de roles en la comunicación. Se puede resaltar que la comunicación es un proceso de colaboración, donde los participantes están implicados de una forma creativa.

Es importante conseguir una dinámica hablante/oyente en los ejercicios comunicativos en la clase de lengua extranjera, que los estudiantes aprendan a actuar como interlocutores en un proceso comunicativo y no como simples productores de enunciados, que asuman la co-responsabilidad que les corresponde como creadores de textos, y para ello no sólo deberán usar un código lingüístico determinado, sino que deberán atender también a factores contextuales, a la relación con otro/s interlocutor/es, etc. para contribuir creativamente al desarrollo del proceso comunicativo. Como interlocutores deberán poder desempeñar los distintos papeles posibles dentro de la comunicación, tendrán que ser hablantes y oyentes activos.

A este respecto, la realización de juegos lingüísticos comunicativos resulta muy efectiva. Este tipo de actividades tienen como objetivo promover un intercambio de información y/o ideas entre dos personas o grupos de personas que no poseen la totalidad de la misma. Existe un gran repertorio de posibles actividades lúdicas para la clase de lengua extranjera. Fundamental es, en mi opinión, que éstas aporten a los estudiantes algo más que la práctica de una serie de problemas lingüísticos. Es importante que se dé un intercambio de información, que la actividad tenga un objetivo no lingüístico, aunque los medios para alcanzarlo sí lo sean.

3. Conclusión

Con esta breve muestra de algunas actividades cuyo desarrollo permite tanto una reflexión sobre la figura del oyente, como poner de relieve de una forma práctica su importancia, se ha querido básicamente llamar la atención sobre la necesidad de una enseñanza de lenguas extranjeras que tenga como objetivo la adquisición de una autén-

tica competencia comunicativa, es decir, que capacite a los estudiantes para todos los roles presentes en un proceso comunicativo.

Por lo que respecta a la figura del oyente, en el fondo no se trata de nada nuevo para los aprendientes, sino de algo que conocen de la propia lengua materna. Más que de un trabajo de descubrimiento, se trata de un redescubrimiento. Cuando se aprende una nueva lengua, se aprende a comunicar "en" y "con" ella, pero no se aprende a comunicar, ésta es una habilidad que los aprendientes ya tienen en su propia lengua. Pero creo que no está de más recordárselo.